

FERNANDO MARTÍNEZ LAÍNEZ
**EL SOLDADO
ESPAÑOL**

UNA VISIÓN DE ESPAÑA A TRAVÉS DE SUS COMBATIENTES



El soldado español forma parte inseparable del pasado y el presente de España. Es una memoria marcada por los avatares bélicos en los que intervinieron combatientes españoles a lo largo de los siglos: desde los celtíberos que se opusieron a la dominación romana o los legendarios tercios a las actuales Fuerzas Armadas, pasando por los guerreros medievales o los conquistadores de América. Fueron capaces de las mayores proezas y supieron sufrir en los momentos aciagos.

Como hijos del pueblo del que proceden han sido un fiel reflejo de las virtudes y defectos del conjunto social a través del tiempo. Constituyen una herencia de nuestra realidad histórica y un arquetipo que define nuestra propia existencia acumulada en el tiempo. Sus actuaciones son el rastro de lo que nos caracteriza como país frente al resto de las naciones.

Este libro supone una síntesis del imaginario colectivo de España, un país de trayectoria intensa y cambiante que dispuso de un gran imperio y selló con su impronta un tramo importante del devenir de la humanidad.

Más de 100 ilustraciones originales ponen rostro y dan forma a los soldados del pasado y convierten a esta obra en un libro único en su género.



FERNANDO MARTÍNEZ LAÍNEZ

Escritor y periodista de muy amplia y variada trayectoria. Experto en política internacional, en especial de Europa del Este y la antigua URSS. Colaborador asiduo en publicaciones de historia y de la *Revista Española de Defensa*. Autor de novelas y ensayos divulgativos de historia, con especial incidencia en el mundo de los tercios, entre los que destacan *Una pica en Flandes*; *Vientos de gloria*; *Fernando el Católico, crónica de un reinado* o *Como lobos hambrientos* (sobre las guerrillas en la Guerra de la Independencia). Entre sus novelas históricas recientes destacan *El Náufrago de la Gran Armada* y la trilogía *La senda de los Tercios*. Es uno de los iniciadores de la novela negra y de espías en España. En la actualidad es presidente y cofundador del Club Le Carré, dedicado a promocionar la cultura de inteligencia, Periodista de Honor de la APM, y miembro de la junta directiva de la Asociación de Amigos del Camino Español de los Tercios.

EL SOLDADO ESPAÑOL

Fernando Martínez Laínez

EL SOLDADO ESPAÑOL

*Una visión de España a través
de sus combatientes*



ARZALIA
ediciones

El soldado Español

Una visión de España a través
de sus combatientes

© 2021, Fernando Martínez Laínez

© 2021, Arzalia Ediciones, S. L.

Calle Zurbano, 85, 3.º-1. 28003 Madrid

Diseño de cubierta, interior y maquetación: Luis Brea

Ilustraciones de cubierta e interiores: Ricardo Sánchez

ISBN: 978-84-19018-04-5

Producción del ePub: booqlab

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

Impreso en España — *Printed in Spain*

www.arzalia.com

Índice

Prólogo

I. LA FUSIÓN IBERO-CELTA

La invasión cartaginesa

Tropas montadas

Armas y tácticas

El soldado de Aníbal

Entran los romanos

Honor y *devotio*

Viriato y la guerra de Numancia

Derrota numantina

Escipión: El aniquilador

Sertorio

Guerras cántabras: Derrota y muerte

Hispanos enfrentados: Pompeyo contra César

En banderas distintas

ANEXO

II. HISPANIA NOSTRA

La tierra ajena

Ejército de ocupación

En la estela de Roma

Soldados hispanos en Jerusalén

El armamento hispano-romano

Defensa territorial

Soldados «peregrini»

Pretorianos hispanos

ANEXO

III. VISIGODOS

Caballería: Arma principal

Señores de la guerra

Reyes guerreros y movilización general

El compromiso de fidelidad

Servicio de armas

Grandes y pequeñas guerras

Guerras menores

ANEXO

IV. EDAD MEDIA

La guerra limitada

Soldados astur-leoneses

Almogávares y golfines

La Compañía Blanca

Fonsados y mesnadas

Monjes guerreros

El Cid

El factor Reconquista

Guerra guerreada

La herencia militar hispano-goda

España recuperada

Clavijo y Almanzor

Bárbara tragedia

Per salvar Espanya

La carga de los tres reyes

Soldados de frontera

La guardia más antigua
Ramón Bonifaz: «Señor del mar»
ANEXO

V. FORJANDO UN EJÉRCITO

La transición militar
Disciplinados y sufridos: La infantería excelente
Orgullosos y diestros con las armas
Rezos y saqueos
La nueva infantería
Los soldados del Gran Capitán
ANEXO

VI. LA INFANTERÍA INVENCIBLE

Guerreros en ocaso
Las letras heroicas
Soldados de la Edad de Oro
Honra y hacienda
Fama, honor y vida son...
La temible máquina
Servir hasta morir
Disciplina y silencio
Heridas de muerte
En la última hora
A merced del vencedor
Levantando bandera
Bisoños y veteranos
Guzmanes, penurias y saqueo
Las camaradas
Sin hombres ni dinero
A la busca de levas

Los soldados «plásticos»

Los asientos

Pagar tarde y mal

Vestuario y armas

Fraternidad y aventura

Tercios embarcados

La infantería del mar

ANEXO

VII. ALLENDE LOS MARES

Fama y oro

La tropa indiana

Caballos y acero: El arma secreta

Marcha o muere

Después de Dios, los caballos

Con ayuda divina

Defensa local

La defensa obligada de América

ANEXO

VIII. REFORMAS Y NUEVOS TIEMPOS

Milicianos y comisarios de guerra

La implantación del fusil bayoneta

Caballería y artillería

Quintos y voluntarios

Cuerpo de inválidos

Escasez de efectivos: Un mal endémico

Soldados por sorteo

Academias militares: La nobleza en descenso

Otras reformas borbónicas

El resurgimiento de la Armada

La democratización militar
En los dominios americanos
ANEXO

IX. OIGO PATRIA TU AFLICCIÓN

Voluntad de resistir
En vísperas de la guerra
Desequilibrio permanente
«El general no importa»
La guerra irregular
Un ejército que siempre vuelve
Mujeres en guerra
Pobreza y sacrificio
Balance final
ANEXO

X. CARLISTAS Y ESPADONES

Las guerras carlistas
Tropas cristinas
Ejército carlista
Cuarteles penosos
Paz chica, guerra grande
Banderines de enganche
Clases de tropa
ANEXO

XI. CREPUSCULARIO 98

Las tropas de Cuba
La invasión
Cuba indefensa
El alzamiento tagalo

La encerrona de Cavite

El Baler

Cascorro

Enfermos y derrotados

ANEXO

XII. NOVIOS DE LA MUERTE

Un reparto desigual

Regulares

La más condecorada

La Legión

La hora de los legionarios

Paracaidistas

Bautismo de fuego

ANEXO

XIII. A GARROTAZOS

Reformas de Azaña

Españoles contra españoles

Fraternidad por odio

Ejército popular

Reformas de guerra republicanas

Los vencedores

Soldados a la fuerza

ANEXO

XIV. RUSIA NO ES CUESTIÓN DE UN DÍA

Krasny Bor

El batallón fantasma

Los últimos de Berlín

Soldados del exilio

En el maquis

ANEXO

XV. NUBES DE PAZ

Guinea Ecuatorial

Reformas en cadena

Misiones de paz

Organigrama militar

ANEXO

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía general

Bibliografía específica

«Desde que se le sienta su plaza, ha de enterársele que el valor, prontitud en la obediencia, y grande exactitud en el servicio, son objetos a que nunca ha de faltar, y el verdadero espíritu de la profesión».

(Artículo I, 5, de las Ordenanzas de Carlos III).

Prólogo

El soldado español forma parte del imaginario colectivo de nuestra historia. Es un sustrato atávico y un crisol en el que se han fundido los recuerdos y las acciones de los hombres de armas a través de los siglos. Una memoria marcada por las circunstancias históricas, sociales, bélicas, económicas y políticas en las que intervinieron combatientes hispanos a lo largo del tiempo, desde las campañas de los mercenarios de Aníbal y las guerras celtíberas a las Fuerzas Armadas actuales. Soldados españoles, que en diferentes épocas actuaron con criterios distintos y cumplieron con el papel que les fue asignado de acuerdo con los líderes, los medios disponibles, los enemigos y los escenarios que les tocaron en suerte. Un panorama de victorias y derrotas sobre fondo discordante, condicionadas por el medio físico y moral. Factor, este último, determinante en la milicia, lo que conocemos como «voluntad de vencer», sin la cual vale poco cualquier otra cualidad del soldado.

Soldados españoles fueron los de Annual o los de la desastrosa retirada de Argel en 1541; y también los de Pavía, El Baler filipino en 1898, Eloy Gonzalo en Cascorro o Blas de Lezo en Cartagena de Indias. ¿Entonces, cuál es la diferencia? Además de los distintos condicionantes propios de cada época, la disparidad fundamental estriba en la voluntad de vencer antes mencionada, y también en la sabia aplicación del arte de la guerra: ese componente del conocimiento militar que tanto han apreciado los clásicos del tema, cuyas máximas principales siguen vigentes, y que, según el tratadista romano Flavio Vegecio, se condensan en ahorrar vidas propias y obtener la victoria, dejando sentado que hay realidades irrefutables

sobre la materia, como la influencia decisoria de los mandos en la conducta de los soldados o el acrecentamiento del propio valor por el conocimiento del oficio de las armas y la unión ante el peligro. En este sentido parecen proféticas, aplicadas al caso español, las palabras del propio Vegetio: «No hay nación, por pequeña que sea, que pueda ser destruida totalmente si ella no coopera a su ruina mediante sus propias disensiones».

Bien dirigido y con la moral en alto, el soldado español es capaz de las mayores proezas, pero también del abatimiento y el desánimo cuando surgen los peores defectos del temperamento patrio. Y el más dañino de todos ellos no es la envidia, que también, sino la insolidaridad, el instinto disgregador, el vocerío insensato y la tendencia cainita.

Cinco guerras civiles, incluido el cantonalismo cartagenero, no es escaso bagaje de insania en poco más de un siglo, desde 1833 hasta 1936, y la cosa viene de lejos. Setecientos ochenta años se tardó en recomponer la unidad territorial conseguida en el reino visigodo, y como corrobora el general historiador Gómez de Arteche (1821-1906) al recordar la tardanza de la Reconquista:

Se preguntará el historiador: ¿qué veneno sutil emponzoñaba la sangre, o que espíritu maléfico turbaba las inteligencias para hacer inútiles esfuerzos tan generosos y dejar sin resultado acciones tan magnánimas como las que se vieron en aquella época de eterna fama? Yo contestaría. La Discordia.

España, básicamente, ha sido un pueblo más de guerreros que de soldados, y quizá por eso llevó a su máxima expresión el ejemplo del combate irregular por excelencia: la guerrilla, una palabra española extendida en todo el mundo. Pero además, en muchos casos, nuestros soldados fueron arrojados a la guerra sin jerarquía dirigente capaz de vertebrar el conjunto del país, algo que también se refleja en el hecho de que hayamos tenido, en conjunto, una apabullante escasez de grandes líderes políticos desde el siglo XVII, por lo menos.

Como hijos del pueblo, los soldados son parte del medio histórico y político que les condiciona en cualquier aspecto, un fiel reflejo de los defectos y virtudes de todo el conjunto social sobre un panorama frecuente de desavenencia interior. No obstante, y sin entrar en muchas disquisiciones, querría declarar que este es un libro de intención esperanzada, un intento de compartir la ilusión de que las hazañas de nuestro pasado servirán algún día para crearnos un futuro mejor, trazando una visión coherente de nuestro lugar en el mundo y nuestra historia, alejando la tentadora y fatalista imagen de que somos un país en decrepitud irremediable, sin otro horizonte hacia el mañana que vegetar y depender de fuerzas ajenas; despertando —como enseña Maquiavelo— la ilusión en los ánimos vacilantes con la multiplicidad de las gestas que el soldado español ha llevado a cabo.

Partiendo de estas y otras realidades sobre el soldado español, parece cierto que su esfuerzo bélico ha ido evolucionando con nuestros problemas como nación, el famoso «problema nacional» que sigue dando vueltas como una pescadilla que se muerde la cola.

Cuentan que el embajador florentino Francesco Guicciardini, cuando vino a España, preguntó a Fernando el Católico: ¿Cómo es posible que un pueblo tan belicoso como el español haya sido siempre conquistado, del todo o en parte, por pueblos diversos? A lo que el rey, que sin duda sabía de lo que hablaba, respondió que la nación era bastante apta para las armas, pero desordenada, de forma que solo quien supiera mantenerla unida y en orden podría hacer grandes cosas con ella.

Ejército y pueblo, milicia y país, han ido con frecuencia desajustados, algo que ocurrió de forma palpable en la guerra de la Independencia, ese momento histórico irrepetible y decisivo, muestra clara de la paradoja del desventurado rumbo de España. La única nación que se batió sin descanso durante seis largos años contra la Francia napoleónica, un pueblo que luchó prácticamente desarmado contra el ejército francés y se tiró al monte para combatir en partidas, ninguneado mientras era traicionado por unos reyes nefastos. No

debería extrañar, pues, que el reclutamiento de las tropas regulares fuera remolón en ocasiones. Una renuencia que se explica por las sucesivas derrotas sobre el terreno y el pobre equipamiento de los voluntarios. Para el temperamento hispano, combatir «por libre» era mucho mejor que hacerlo con trabas disciplinarias y burocráticas; sin ese encuadramiento rígido que distingue al verdadero soldado del guerrillero.

«Qué difícil es comprender exactamente a los españoles —se quejaba el duque de Wellington—... España es el único país donde dos y dos no son cuatro»; y donde los españoles —cabría añadir— no pudieron ponerse de acuerdo ni siquiera en el mando único de su propio ejército a la hora de derrotar a los franceses, pese al heroísmo y la capacidad de sufrimiento derrochados por la gente común.

Tal como señala el hispanista Stanley G. Payne, la singularidad del temperamento español (y lo mismo puede decirse del soldado español) ha confundido a los historiadores. «No es fácil explicar —dice— por qué un país que mostró tanta energía, actividad e incluso capacidad organizada en el siglo XVI, haya sido incapaz, casi, en tiempos más recientes de alcanzar la unidad nacional y la cohesión institucional». ¿Será ese el futuro que nos espera? Quisiera pensar que no, pero eso es algo que solo los propios españoles, hoy muy divididos, pueden decidir.

Tras la guerra hispano-norteamericana del 98, el Ejército quedó aislado socialmente y deprimido moralmente, como era lógico que ocurriera en cualquier país después de una derrota tan contundente y alevosa como la que nos infligió el «amigo americano». Y analizando con frialdad lo que pasó y pasaría luego, llegamos a la conclusión de que todas las grandes derrotas militares españolas tienen la debilidad como factor común. Se produjeron porque el país era débil internamente y falto de liderazgo digno de ese nombre, algo que aparece con claridad lo mismo en Santiago de Cuba que en Cavite, Annual o la invasión napoleónica.

Lo cierto, sin embargo, es que a la hora de evocar a los soldados españoles, sus proezas superan con mucho la miseria de las derrotas, aunque ambas vayan inseparablemente unidas, formando parte de nuestra misma historia. Sobran los arrepentimientos hipócritas y las exaltaciones desmedidas. Los soldados de España fueron lo que fueron. Todos somos herederos de lo que ellos hicieron o dejaron de hacer, y en ese escenario contradictorio, áspero y terrible que totaliza nuestra herencia histórica, la auténtica memoria común, el recuerdo del soldado español, como arquetipo de nuestra propia continuidad como pueblo, seguirá siendo una pieza esencial de lo que fuimos y somos mientras España y lo que llamamos patria existan.

EL AUTOR
Junio de 2021

I

LA FUSIÓN
IBERO-CELTA





© Pierre
Sauder

De entre las brumas de la historia surgen, en lo que los historiadores denominan península ibérica, Iberia o Hispania, dos grupos de pueblos: iberos y celtas, y del contacto de ambos, un tercero: el de los celtíberos, extendidos por el centro de España.

La entrada de los iberos en la Península se produjo al parecer por oleadas sucesivas procedentes del norte de África hacia el año 2500 a. C., al iniciarse la Edad del Bronce. Los celtas debieron de llegar por mar hasta las costas del norte peninsular, entre los siglos IX y VIII a. C., y por tierra a través de los Pirineos, y de esta fusión ibero-celta se originó el pueblo celtíbero.

Según el destacado historiador militar J. M. Gárate Córdoba, la mezcla celtíbera incluía una «dosis ibérica» desaparecida hacia el siglo V a. C. por la segunda invasión celta. De esa ósmosis nació la civilización celtibérica, que componía la mayor parte de la población prehispana cuando los cartagineses entraron a conquistar la Península, después del asentamiento esporádico de fenicios y griegos en el litoral sur y este.

Hay otras versiones discrepantes, como la del historiador militar Fernando Mogaburo en su obra *Historia de la profesión militar*, para quien Iberia era el topónimo aplicado exclusivamente por los antiguos griegos al litoral mediterráneo:

Por lo tanto, el término ibero no debe ser empleado para aludir al conjunto de los pobladores de la península en la época prerromana, pues excluye a la población mayoritaria de lengua indoeuropea, como galaicos, astures, cántabros, lusitanos, vacceos, celtíberos, vetones, carpetanos, célticos, oretanos y, probablemente, tartesios.

Iberia era —según las fuentes más antiguas conocidas— un nombre geográfico, no ligado a ningún pueblo concreto, aplicado a la región meridional de la Península, que luego se extendió a toda la zona costera del Mediterráneo y más adelante al litoral atlántico. Según las teorías de Estrabón y Diodoro, los pueblos celtíberos eran arévacos, pelendones, vacceos, carpetanos, oretanos y berones; los pueblos celtas: cántabros, astures, vascones, galaicos y lusitanos; y los iberos: turdetanos, bártulos, beturios, contestanos, edetanos, cosetanos, indigetes, lacetanos e ilergetes.

Las crónicas antiguas coinciden en que los celtíberos eran combatientes valerosos y tenaces, con técnicas militares heredadas de sus ancestros. Iban armados de espada corta puntiaguda de doble filo y un pequeño escudo, además de venablos y hondas. Eran buenos jinetes y su caballería peleaba mezclada con los combatientes de a pie. En las retiradas prolongadas, o en la persecución del enemigo, los jinetes llevaban dos caballos y saltaban del fatigado al de refresco sobre la marcha.

No obstante, el mencionado Gárate Córdoba estima que no puede hablarse de una «táctica celtíbera» hasta la llegada de los cartagineses, cuando el arte militar de los púnicos influyó en los combatientes nativos. Hasta el año 500 a. C., los guerreros celtíberos —dice— «no tienen formaciones con regularidad y simetría, ni hay orden de batalla, lanzándose a ella en tropel. Por instinto de conservación trataban de causar el mayor daño con el menor riesgo, practicando la guerrilla y la emboscada», dos modos de guerrear que los pueblos peninsulares utilizaban con frecuencia.

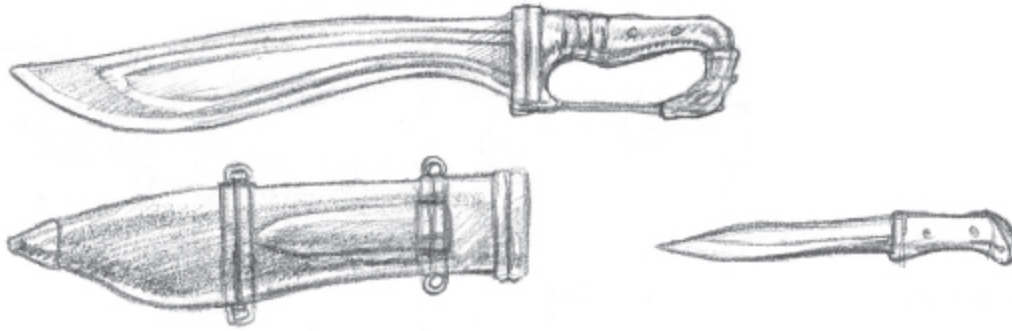
Iberos y celtíberos no actuaban por motivaciones que hoy llamaríamos de Estado, sino por cuestiones tribales y de lealtad. Una

lealtad que se terminaba cuando moría o abandonaba la pelea el caudillo a quien habían jurado acatamiento.

Tampoco conocían la disciplina militar hasta que lucharon a las órdenes de Aníbal. Su modelo era la pelea entre guerreros, no el combate en filas, y alcanzaron fama como mercenarios con la llegada de los cartagineses. El historiador romano Marco Juniano Justino informa de que para ellos la guerra era la ocupación más digna, amaban más a sus caballos y armas que a su propia vida, y consideraban un honor morir batallando. Por su parte, Tito Livio dice que los cántabros se suicidaban cuando dejaban de ser considerados útiles para combatir. También era frecuente que se dedicaran al saqueo y al robo de tierras y ganados de otras tribus si los recursos resultaban escasos.

En cuanto a la pregunta de qué los empujaba a combatir, existen algunos elementos recurrentes de los que tenemos constancia: la defensa de la tierra y del clan familiar, la solidaridad tribal y el deseo de botín o simplemente la necesidad de sobrevivir trabajando como mercenarios. No eran pueblos belicosos, pero sí bravos, dispuestos a luchar hasta el final cuando eran atacados o veían peligrar su propia supervivencia, como ocurrió en las guerras contra Roma.

Aunque en tiempo de Aníbal la mayoría de la infantería ibérica era pesada, las tropas ligeras representaban un alto porcentaje en el ejército púnico, y en conjunto mantuvieron una lealtad y disciplina admirables. En los últimos momentos de la segunda guerra púnica, estas tropas veteranas, junto con las africanas, constituían lo más selecto del ejército cartaginés. Tras combatir dieciséis años en Italia regresaron a África para proteger Cartago, y siguieron siendo leales hasta el final.



La invasión cartaginesa

La dominación cartaginesa de Iberia arranca de la conquista de Ibiza en 654 a. C. y se consolida en 240 a. C. Los cartagineses reclutaban a sus tropas por medio de levas, al principio voluntarias, formadas por bandas de vida azarosa y precaria. Se les pagaba una cantidad por el enganche y luego un sueldo y una parte del botín en campaña antes de ser conducidos a Cartago, donde se les proporcionaba armamento y se entrenaban durante dos o tres años hasta empezar a guerrear.

Hacia mediados del siglo IV a. C. —por el acuerdo entre Roma y Cartago— los cartagineses establecieron su zona de influencia en gran parte de la Península e incorporaron mercenarios celtíberos en gran número, que fueron utilizados en la conquista de Sicilia, de acuerdo con las fuentes de los historiadores clásicos. Un dato que permite presuponer el afianzamiento del poder cartaginés en lo que los romanos empezaron a llamar Hispania.

Los mercenarios iberos y celtíberos al servicio de los cartagineses, procedentes sobre todo de la costa sur peninsular y las zonas mesetarias de Celtiberia, guerrearón desde el siglo VI a. C. hasta el III a. C. en Sicilia, Grecia, Italia y el norte de África.

Las ambiciones de Cartago y Roma sobre el escenario peninsular avivaron el conflicto entre las dos potencias que se disputaron el dominio del Mediterráneo occidental. El litigio se resolvió por las armas en la primera guerra púnica (264-241 a. C.), en la cual los

cartagineses perdieron la codiciada isla de Sicilia y tuvieron que sofocar la rebelión de sus propios mercenarios, muchos de ellos ibéricos, en la misma capital cartaginesa. Una circunstancia que los romanos aprovecharon para ocupar Córcega y Cerdeña, mientras el dominio cartaginés en la Península se tambaleaba por las rebeliones de varias tribus nativas.

Cuando al término de la primera guerra púnica Amílcar Barca evacuó Sicilia y pasó a África con unos 20 000 hombres, la mitad eran mercenarios peninsulares y baleáricos. Desmoralizados por las continuas derrotas y por la falta de pagas, los ibéricos y los libios se sublevaron entonces contra Cartago, pero fueron exterminados después de saqueos y crueldades sin cuento (242-239 a. C.).

El poder púnico en Iberia parecía desmantelado cuando Amílcar Barca inició la recuperación cartaginesa en el sur de España tras aplastar la sublevación de los mercenarios en Cartago. Al desembarcar en la Península le hicieron frente dos caudillos rebeldes, Indortes e Istolacio, que terminaron derrotados y muertos. Llegaron a reunir un ejército de 50 000 hombres organizados de forma rudimentaria, con una táctica de inspiración griega y agrupaciones ordenadas de algunos miles de hombres, el equivalente a las falanges griegas.

Amílcar Barca dio muerte a Istolacio, que era de tribu celta, y después Indortes reagrupó a un gran número de hombres que quedaron sitiados por aquel en una colina. Cuando Indortes intentó escapar, el jefe cartaginés lo capturó y antes de darle muerte le sacó los ojos.

El historiador García Bellido recoge que los oretanos, viéndose cercados, utilizaron bueyes a los que prendieron fuego. Los animales, enloquecidos, arrollaron las filas cartaginesas sembrando el terror, mientras los sitiados atacaban de frente y los oretanos lo hacían por los flancos y la retaguardia, lo que causó la derrota de los púnicos y la muerte de Amílcar Barca, si bien otras versiones más fidedignas afirman que el jefe cartaginés fue asesinado por un esclavo disgustado por el trato recibido.

Tropas montadas

Amílcar pasó del norte de África a Gádir (Cádiz), desde donde penetró por todo el valle del Guadalquivir hasta el corazón de Celtiberia. Fue un avance lento que exigió una década de lucha continua contra las poblaciones nativas, en el transcurso de la cual se recuperaron las antiguas colonias y se fundaron incluso ciudades nuevas como Akra Leuké, en las proximidades de Alicante. El plan de Amílcar, culminado con éxito, dejó en manos cartaginesas el estratégico corredor Guadalquivir-Segura y le permitió reforzar sus tropas con poblaciones adeptas que se le iban uniendo a su paso.

Lo que llamamos Iberia se convirtió para los cartagineses en una inagotable cantera de hombres, armas, vituallas, metales preciosos y dinero, y ello proporcionó la base de partida del ejército que poco después atacaría Roma.

Durante los siglos III-II a. C. los iberos y celtíberos ya habían aprendido a combatir en batalla con formaciones cerradas. Historiadores como Polibio las denominaban *speirai*. Eran agrupaciones de unos 400 hombres ordenados para luchar siguiendo el patrón de las falanges, sin abandonar las tradiciones guerreras de los ancestros ibéricos y con utilización frecuente de la caballería.

Armas y tácticas

Los mercenarios ibéricos estaban encuadrados en caballería e infantería pesada y ligera, además de arqueros y honderos. Gárate Córdoba considera que el primer ejército prehispano que pudiera llamarse organizado fue el que se enfrentó a Amílcar Barca (año 237 a. C.), dirigido por caudillos como los citados Indortes e Istolacio. Las tropas montadas llevaban por silla una simple manta o piel sin estribos y dirigían el caballo con un ronzal sin bocado. Vestían túnicas y llevaban el pelo largo y recogido para que no les estorbara en el

combate. Sus armas ofensivas eran lanzas, espadas, puñales y soliferros; las defensivas, cascos con cimera guarnecida de plumas o crines, lorigas de cuero y escudos de madera forrada de piel (*caetra*). En los ataques, la caballería solía formar detrás de la línea de batalla y cargaba contra el enemigo a través de los pasillos que dejaban las formaciones de infantería. Acostumbraban a dejar los caballos atados a una estaca clavada en el suelo, y volvían a montar cuando terminaba la lucha. Los jinetes llevaban con frecuencia guerreros de infantería a la grupa, que desmontaban y peleaban a pie entre la caballería. Su divisa era el jabalí, cuya efigie iba montada sobre una pértiga a modo de estandarte.





La historia enseña que el avatar bélico decidió el destino de los pueblos de Iberia, sometidos a sucesivas invasiones, y que al final resultaron aplastados por el poderío de Roma. Fue la guerra lo que terminó asimilando y sometiendo a los pueblos de la Península, hasta quedar Roma como única potencia vencedora. De acuerdo con las palabras del filósofo presocrático griego Heráclito:

La guerra es la madre de todo, la reina de todo,
y a unos los ha revelado dioses, y a otros hombres;
a unos los ha hecho esclavos, y a otros libres.

En este mortal juego histórico, los ibero-celíberos —apuntan los testimonios históricos recogidos— eran pueblos indómitos y valerosos, pero al verse acorralados tuvieron que emplearse para sobrevivir como soldados mercenarios de Cartago o Roma, y cuando finalmente se rebelaron contra la potencia romana fueron aniquilados en las guerras numantinas y cántabras. El conjunto de pueblos peninsulares quedó así convertido en el botín de Roma después de que Cartago fuera destruida.